

LOS MISTERIOS
DE VIOLETA LOPE II

LAS
PIEDRAS
DEL
FRÍO



NURIA PAGRATIS

CALIGRAMA

LAS
PIEDRAS
DEL
FRÍO

NURIA PAGRATIS



Índice

[Las piedras del frío](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

Sinopsis

Violeta viaja a Praga para visitar a su amiga Flor. Ambas acaban envueltas en un asunto turbio de robos y asesinatos relacionados con unas piedras muy especiales.

La inesperada llamada telefónica de una amiga de la infancia remueve la vida de la señora Lope. Hace años que no se ven, pero ahora le ruega encarecidamente que vaya a visitarla. Sin más detalles, la dama de los Pirineos inicia un viaje a la ciudad Centroeuropea de Praga. Allí le son reveladas las razones de tanta inquietud y se ve implicada en una serie de acontecimientos fatales y misteriosos que giran en torno a la enigmática figura de Ladislav Mendel, un político checo retirado y exmarido de su amiga. Ivana Mendel, la hija de ambos y una acreditada abogada de la ciudad, comparte con preocupación los sucesos que la enfrentan a su realidad personal.

A Violeta la arrastran a descubrir el secreto mejor guardado de la historia checa. Este entretenido y emocionante libro se lee como un guion. Nuria Pagratis sumerge al lector en una trama de ritmo absorbente que seduce hasta el final.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

Las piedras del frío

Los misterios de Violeta Lope II

Segunda edición: noviembre 2018

ISBN: 9788417447342

ISBN eBook: 9788417447953

© del texto:

Nuria Pagratis

© de esta edición:

CALIGRAMA, 2018

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para mis hijos, Marco y Mateo

Capítulo 1

El sentido común es la cosa que todos necesitan, pocos lo tienen y ninguno cree que le falte.
Benjamin Franklin (1706-1790)

Los años, cuando se aprovechan bien, dejan un lustre de sabiduría en las personas. Violeta Lope los había aprovechado bien. Verla era como mirar a una maga del tiempo, una Andrómeda mística y mítica. Conservaba la esbeltez de su juventud y la sonrisa de ardilla que tenía desde niña, algo que suavizaba su imagen de mujer dura y legendaria a la que hay que tomar en serio. En Violeta todo eran rasgos naturales, o si se quiere decir de otra manera, su imagen era como uno de esos jardines ingleses de libro donde todo parece natural, obra de la naturaleza. Y, sin embargo, detrás de cada flor y de cada arbusto está la mano sabia e inteligente de jardineros y arquitectos que lo han planeado todo y han sabido engañar al ojo humano gracias a su buen hacer y su experiencia.

Pero, para que quede claro y no haya lugar para la confusión, la señora Lope no era una mujer de gimnasio y bistrú, sino una dama de paseos y museos. Su historia estaba llena de recuerdos animados y viajes inesperados que habían perfilado su vida paso a paso. Ahora vivía en el pequeño hotel de su propiedad, en un pueblecito de los Pirineos llamado Bolví, rodeada de vecinos sin pretensiones y genuinamente humanos.

En el pueblo todos la conocían como la señora Lope, la dama española que había empezado su vida en el lugar regentando un sencillo hostel de tres habitaciones. Ahora, años después, era dueña del único palacete modernista del pueblo y alrededores y lo había convertido en un conforta-

ble y elegante hotel donde todo el mundo era bienvenido, especialmente sus amigos de Bolví, un heterogéneo grupo de aldeanos a los que quería mucho porque ella era una más.

Cada fin de semana se reunían en el salón del hotel, rodeados por un mobiliario suntuoso y de mucha calidad en sintonía con el estilo del palacete modernista. A todos les encantaba dejar por una tarde sus casas austeras menos dadas a los lujos y acomodarse en poltronas de madera noble finamente talladas y confortables asientos tapizados con cálidos y vistosos tejidos. Todos disfrutaban, era un placer sin límites, fuera de lugar y lejos de cualquier tiempo vivido por ellos. La gran chimenea de piedra con enormes esfinges esculpidas a ambos lados y el fuego chisporroteando en el centro anunciaba la magia de las tardes de sábado.

Allí se reunían el señor Grand, un jubilado y aventurero de salón, que recordaba todas las fechas imposibles de memorizar y les ayudaba a comprender mil cosas. La señora Remedios y su marido Rufino, una graciosa pareja de las que dura para siempre, esas parejas cuyos miembros no pueden vivir juntos y morirían si alguna vez los separaran. La señora Rafillettete, la vecina mas chismosa del pueblo, siempre con noticias frescas. Y la joven Cordelia, que desde hacía unos meses acudía a la tertulia muy bien acompañada. Había otros contertulios que iban y venían como las estaciones del año, pero el núcleo del átomo era compacto.

Sentados y jugando a estar en Versalles tomando un piscolabis, los vecinos de Bolví intercambiaban noticias y sentimientos, unas veces locales y otras veces planetarios. Se hablaba del tiempo, del amor, de la adquisición de un tractor, de delitos y faltas, de la salud, del arte, de la existencia humana, de geografía y de las familias y otros animales. A veces todo mezclado, a veces por separado, entre risas o a media voz, dependiendo de la gravedad del asunto o del humor de Rufino ese día.

De lo único que no hablan era de economía. En una ocasión, un buen cliente del hotel, un banquero de una megaciudad cercana, intentó colarse en una de las tertulias y fue un completo desastre. Fue como meter un zorro en el gallinero. Nunca más. Hubo algo de perverso e inquietantemente simplista en sus comentarios que heló la sangre a todos los parroquianos aquella fatídica tarde.

Precisamente esta tarde, Cordelia, la más joven del grupo, recordaba al banquero y decía que incluso un político podía ser más espontáneo e interesante. El señor Grand se llevó las manos a la cabeza.

—¡Santa inocencia! Cordelia, los políticos son peores. Díselo, Giacomo, tú que vienes de Italia. Explícaselo.

Giacomo era la nueva incorporación a la tertulia de los sábados. Era oficialmente la pareja de Cordelia. Ella estaba enamorada de su cartero italiano, el chico que conoció en Sicilia durante el viaje que hizo con la señora Lope. Y él la siguió hasta los Pirineos porque comprendió que ella sería la mujer de su vida.

Mucha gente en el pueblo había pronosticado un final rápido a la relación de Giacomo y Cordelia: «Este chico no aguantará un invierno aquí en el pueblo. Después del frío helado seguro que se va». Sin embargo, no fue así, ya era el segundo invierno que pasaba en los Pirineos. Los lugareños no salían de su asombro. Pocos sabían que Giacomo era del norte de Italia y se había criado cerca de Milán. Allí también saben lo que es el frío hibernal. Y lo que es más importante, en casos así, no hay mejor estufa que la del amor.

Los dos participaban y se divertían de lo lindo en aquellas reuniones. Era entrar en otra dimensión vital, salir de uno mismo e introducirse en universos que a veces resultaban surrealistas y a veces, deslumbrantes.

—Pues yo estoy con usted, señor Grand. Prefiero estar dos horas entre mis cabras que un minuto en compañía de uno de ellos. Y un minuto es mucho para ellos, porque es

tiempo suficiente para que puedan mentir varias veces, mirándote a los ojos y sonriendo.

Remedios, la mujer de Rufino, se sirvió una copita de un licor aromático de color rosa ya que veía a venir a su marido. El hombre se las había tenido con un político local por unas tierras donde él dejaba pastar a sus queridas cabras. Unas tierras que no eran suyas, pero que tanto su padre como su abuelo, como otras tantas generaciones anteriores, habían tenido el derecho de pastar en esa pradera, en la ladera de una montaña próxima al pueblo. El ambiente se caldeó, ni se notaba que era un día frío de otoño.

—Deja ya este tema, Rufino. Seguro que tienes la presión a veinte. Ya sabes que el médico te dijo que tienes presión psicológica. —Remedios intentó cambiar de tema—. Hablando de animales. ¿Sabes que tengo una gallina con la enfermedad de Menkel?

—¿Y esto es serio? Por el nombre parece que a la pobre gallina no le quede nada más que morir. —Giacomo miraba a Cordelia que estaba hablando con la señora Lope.

—Pues así es, querido Giacomo.

—Un buen Menkel les daría yo esos politicuchos de pueblo que piensan que ser político es un oficio.

Rufino era un pastor sagaz, de pocas palabras pero valiente, no se mordía la lengua cuando tenía algo que decir.

Por suerte, la discusión tomó otros rumbos después de algunas frases a voces. De todas formas, Rufino se sirvió otra copa de brandy a espaldas de su mujer. Ella, que lo había calado hacía ya muchos años, miraba al joven italiano que estaba sentado en el sofá a su lado con las piernas cruzadas como un indio. Se había quitado las botas y dejado al descubierto unos gruesos calcetines de lana. La mujer movía la cabeza arriba y abajo como diciendo «Lo que hay que aguantar», y después miró a Cordelia pensando «Lo que te espera, niña».

—¿Conocen a Enrique, el cura rojo, lo llamaban? —preguntó la señora Rafilettete a los presentes.

—Sé quién es, sé quién es... Su hijo se llama igual que el padre Enrique, vive muy cerca de mi casa y está soltero. Un buen hombre donde los haya, pero habla muy despacio... —apostilló Remedios. Iba a continuar, pero la señora Rafilettete se adelantó.

—Hace ya muchos años que se jubiló. Es muy mayor. Muchos de los hombres del pueblo saben leer y escribir gracias a él. Después de la guerra no había escuelas en los pueblos como el nuestro y él venía por las noches y enseñaba a los niños que andaban todo el día trabajando en el monte cuidando las vacas y las ovejas.

—Y las cabras, como yo —añadió Rufino—. La de collejas que me había dado este cura, por Dios. Pero gracias a él sé leer y escribir.

—¿Qué pasaba, Rufino, que no eras un buen alumno? —La señora Lope quería saber más.

—El problema es que el cura era cura. —Rufino apuró la copa de brandy—. El señor Enrique se ponía muy serio y nos preguntaba: «¿Quién te ha hecho a ti?». Y yo le respondía: «Mi madre». Cada vez que le contestaba eso me daba una colleja. Después mis compañeros me decían: «Tú dile que te ha hecho Dios, recuérdalo, a ti te ha hecho Dios». Pero la verdad es que el señor Enrique era un trozo de pan.

—¿Y por qué nos pregunta si le conocemos? —inquirió el señor Grand.

—Bueno, pues resulta que ha venido a verlo un amigo suyo que vive en las islas Canarias.

—África... —apuntó Giacomo en voz alta para orientarse.

—Pero ¿qué dice tu novio, Cordelia? —La señora Rafilettete se sintió ofendida—. Que sepas que son unas islas españolas y muy bonitas.

—Lo sé, lo sé, simplemente estaba localizándolas geográficamente, señora.

—Pues sigo... el amigo le ha traído un cesto enorme de higos chumbos. Parece que le encantaron la última vez que

él fue a verle a las islas. La cuestión es que se ve que este fruto restriñe mucho... El señor Enrique, que comió muchos de estos frutos, no ha podido ir al baño en cinco días.

—Caray, esto es un verdadero martirio, y a su edad...

Rufino empezó a sonreír ante el inicio de la historia y se sirvió, por tercera vez, un dedo de buen brandy. Su mujer le miraba algo agitada removiéndose en su asiento preocupada ante la perspectiva de que su marido cogiera una cogorza. La señora Lope, al ver el desasosiego de la pobre mujer, se levantó discretamente y cogió las botellas de brandy y licores aromáticos de la mesa y se las llevó al mueble bar, un pequeño mueble *art nouveau* que había adquirido en una feria de antigüedades.

En ese momento, Pablo, el joven encargado de la recepción del hotel, entró en el salón e informó de que tenía una llamada personal para ella.

—No me ha dicho su nombre, señora.

—Ahora vengo.

La recepción estaba al lado del salón donde solían celebrar las tertulias. Violeta salió de la estancia y dejó a sus amigos hablando del restreñimiento del cura jubilado, ¡cinco días sin ir al baño! Hubo comentarios jocosos y risas que ella oía mientras se acercaba a la recepción para atender la llamada. Cerró la puerta detrás de ella, pero le llegaban perfectamente las risas y exclamaciones de sus amigos. Antes de coger el auricular pudo escuchar cómo solucionó el problema el pobre hombre: usó un teléfono de ducha, pero sin el teléfono, solo el tubo adecuadamente ubicado... «Jolín, ahora caigo, pobre hombre. Una solución muy de Bolví: si fuera por los vecinos de este pueblo, todas las farmacias de la comarca habrían cerrado».

Capítulo 2

Es parentesco sin sangre una amistad verdadera.
Calderón de la Barca (1600-1681).

El tiempo no pasa en vano. La señora Lope había aprendido de los malos momentos y disfrutado de los buenos. Cuando miraba hacia atrás la invadía la nostalgia, un sentimiento que le gustaba, aunque a veces dolía, de una manera lejana.

«La nostalgia es el viento: cuando sopla con fuerza azota el cuerpo y la cara. Nos gusta porque nos transporta, tenemos la sensación de volar, pero también nos angustia. Siempre hay ese silbido de fondo que viene de muy lejos y parece pertenecer a un mundo ajeno al nuestro». Se lo había dicho un artista que una vez se alojó en su hotel.

La nostalgia, los recuerdos, son cosas que llegan con la edad. Cuantos más años vividos menos futuro se dibuja por delante. Se reduce instintivamente la capacidad de imaginar, de soñar el devenir. Si se quiere mirar lejos ya no se mira hacia delante sino hacia atrás. Por eso es casi forzoso abrir las ventanas del pasado de nuestra propia casa que durante décadas han permanecido cerradas. Son puntos de luz que se encienden y se apagan como las luciérnagas en las noches de primavera. Imágenes del pasado que vienen y van a cámara lenta, que aparecen y desaparecen en medio de la oscuridad.

«Pero todo esto son pensamientos que no sirven de nada ni valen para nada», diría la vecina más pragmática de Bolví, la señora Remedios Blas. Y todo se desvanece. La llamada telefónica devolvió a la señora Lope al presente. Pablo, el recepcionista, le acercó el teléfono. No supo decirle quién la llamaba. Cogió el auricular con curiosidad y escu-

chó. Quien hablaba con ella a través del aparato era una mariposa en forma de mujer y amiga que iluminó los años más atrevidos y juveniles de Violeta. La voz al otro lado del teléfono era la misma que ella recordaba. Era una voz sensual, pillina y coqueta que años atrás encandilaba a todos los hombres con los que se cruzaba. La señora Lope la escuchaba con atención todavía sorprendida por lo inesperado de la llamada.

—Ven, Violeta, por favor. ¿Cuántos años hace que no nos vemos? Recuerda que la última vez vine yo a verte, ahora te toca a ti.

De eso hacía ya muchos años, pensó ella sin decir nada. Todavía estaba abstraída por lo inesperado de la llamada y por los recuerdos. Incluso le parecía extraño que alguien se dirigiera a ella como Violeta. Estaba acostumbrada a oír lo de señora Lope por todas partes. Escuchar de nuevo su nombre de pila la llevaba a su adolescencia, a la época en que ella y esa mujer que le hablaba desde tan lejos habían sido uña y carne.

—Sí, lo sé, hace muchos años, tienes razón. —Se había sentado en una de las butacas Arts & Crafts que había en el vestíbulo del hotel. Miraba distraídamente al joven recepcionista, que hablaba con unos clientes y les daba indicaciones en un mapa. Violeta escuchaba con atención la voz de su vieja amiga Flor; así se llamaba la mujer que iluminó los años de juventud de la señora Lope.

—Tienes una amiga que vive en Praga, aprovéchate. Tengo muchas cosas que contarte. Hazlo también por mí, nos hacemos mayores y quién sabe si va a haber otra ocasión... —Insistía, su voz era enérgica. Flor, la aventurera, siempre había sido así: una mujer con carácter y predestinada a vivir diferente—. Tienes que decirme que sí. No hay más que hablar. —Flor hablaba de forma apremiante, como si anduviera con falta de tiempo—. Además, debo contarte algo... —Dejó la frase en el aire, indecisa.

La señora Lope sintió desasosiego. Flor la empujaba a decidirse como cuando eran jóvenes. Aunque había una gran diferencia: ya no tenían dieciocho años. Lo de tomar decisiones impulsivas siempre le había ido bien, pero también estaba convencida de que era pura fortuna. Sea como fuere, ella ya estaba decidida, la decisión estaba tomada. Nadie llama a una amiga después de tantos años y la invita a su casa sin una razón apremiante. Algo sucedía y Flor parecía convencida de que Violeta podía ayudarla.

—Pero ¿qué hago con el hotel? Tendré que organizarlo todo... —se decía a sí misma, pero en voz alta—. Dentro de unas semanas es Navidad y aquí hay mucho trabajo...

—El hotel es tuyo, querida, seguro que no se cae porque estés fuera unos días. Mira, es más, si tanto quieres a tu hotel, cuando estés aquí compras algunas cosas en vidrio para decorarlo. Tengo amigos artesanos checos. Con los años que llevo aquí me ha dado tiempo de conocer unos cuantos. Te harán un buen precio. —Flor siempre había sido muy sociable, principalmente con los hombres.

—Ya, y seguro que estos artistas que conoces son guapos y jóvenes —dijo Violeta con una sonrisa de ardilla en los labios mientras recordaba a su amiga de joven y sus constantes escapadas con chicos que siempre eran el definitivo amor de su vida.

—No soy la que era, las arrugas me lo impiden, los años no pasan en vano. Nos hacemos mayores, pero también más sabias, ¿o no? —preguntó Flor retóricamente con voz demasiado triste.

—Sabias dices. Qué va, eso será tú, porque yo hay días que no recuerdo ni si he tomado café por la mañana.

—Esto no es la edad, es el estrés, Violeta. Seguir llevando tú sola el hotel es demasiado. Ya verás cómo te cambia la cara cuando vengas. Te vas a enamorar de la ciudad, hay un puente bellísimo que está hecho para las personas románticas. Cuando lo veas dirás que solo por el puente ya valía la pena venir. —Flor dejó de hablar y se hizo un silen-